
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña

Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3 Anuncio del Reino y conversión
<i>Alberto Espezel</i>	5 La proclamación del Reino de Dios
<i>Marie France Begué</i>	15 “Venga a nosotros tu Reino”
<i>Xavier Morales</i>	25 ¿El Reino desde aquí abajo?
<i>Carlos Hoevel</i>	39 Filosofía de la historia y Reino de Dios: Un diálogo con la filosofía judía del siglo XX
<i>Robert Slesinski</i>	59 Alexander Schmemmann: La liturgia como Epifanía del Reino
<i>Marie-Christine Gillet-Challiol</i>	67 El Reino de Dios según Kant
<i>Gerardo Tresca</i>	79 Manifestaciones del Reino en la Argentina contemporánea
<i>Alberto Espezel</i>	87 Julián Marías y el lenguaje del corazón

“VENGA A NOSOTROS TU REINO”

*Marie France Begué**

Nivel poético-práctico

Quisiera ofrecer una pequeña reflexión acerca de esta frase del Padre Nuestro que suele quedar postergada detrás del “Hágase tu voluntad” que le sigue. Buscaré recoger el sentido poético-práctico que está en ella a partir de su contenido simbólico y sin buscar una reflexión propiamente exegética o teológica.

Se suele entender por “poético” el género literario que está vinculado a la metáfora, donde, al decir lo que se dice, se está buscando comunicar otra cosa, que está más allá de lo explícitamente dicho, pero que no podría decirse sin lo primero, por la relación de semejanza que hay entre ambos. Por ejemplo, cuando S. Juan de la Cruz nos habla de la “Noche oscura”, no se trata de la noche cosmológica que viene cuando el sol se retira, sino de las oscuridades del alma; o cuando nos dice: “Vuélvete paloma, que el ciervo herido por el otero asoma”, no se trata ni de un pájaro ni de un animal con astas sino del ruego de amor y dolor del amado que clama por su amada.

* Del consejo de redacción de *Communio* Argentina. Profesora de filosofía en diversos institutos.

“Venga a nosotros tu Reino”

Pero esta dimensión literaria, en realidad, no es más que una región dentro de un orden mucho más amplio de la experiencia que abarca, además de las “bellas artes”, la vida afectiva y la vida práctica en general, y que es el orden *simbólico*. Este orden atestigua que hay diferentes niveles de realidad y diferentes modos de alcanzarlos; incluso, que algunos se nos pueden escapar. Pero él también nos dice que todos tenemos la capacidad de percibir su sobreabundancia y de entrelazar creativamente estos niveles mediante nuestro obrar y padecer. Allí surge lo que, después de Aristóteles podemos llamar una actitud “poética” ante la vida.

La actitud poética es aquella que continuamente nos anuncia que hay algo más, que no todo está en nuestras manos, pero que, sin embargo, siempre podemos *crear* algo a partir de los materiales con que contamos.

Al señalar esta dimensión poética, P. Ricoeur escribe: “La poesía es el arte de conjurar el mundo de la creación... Este orden de la creación solo se nos puede aparecer concretamente como una muerte y una resurrección...”¹.

Lo que el autor quiere decir aquí es que para descubrir esta dimensión hay que pasar por la muerte de la ilusión de nuestro yo, que pretende imponerse a los diferentes órdenes de la existencia, y de la resurrección de ese mismo yo, una vez depurado, por “el *don*” que nos invita a *descentrarnos* de nosotros mismos y a *acoger* su fuerza; ella es la que “repara las heridas de nuestra libertad”.

Tenemos múltiples maneras de pertenecer a nuestro origen y de vincularnos con el mundo, que suelen quedar disimuladas detrás de la red que teje nuestra experiencia cotidiana, marcada por la manipulación de los objetos, la eficacia y el interés. Ellas están como prefiguradas en la textura misma de nuestra vida y se hacen más o menos visibles cada vez que nuestras creencias las iluminan.

¹ P. Ricoeur, *Philosophie de la volonté, t. I, Le volontaire et l'involontaire*, ed. Aubier, Paris, 1950, p. 32-33.

La actitud poética descubre y nos señala esta referencia a lo originario, tanto del ser del mundo como de nuestro propio ser. Si solemos estar ciegos a estas revelaciones de pertenencia y arraigo, es porque hemos opacado nuestra capacidad de percibir, en aras de un concepto científico de verdad, demasiado dependiente de la adecuación entre lo real y lo objetivo verificable.

Pero la verdad es mucho más que eso. El discurso poético, que como dijimos siempre remite a otra cosa que él mismo, por su solo modo de expresarse, nos muestra ese otro tipo de realidad cuya verdad rebasa el campo de la descripción objetiva, y nos ayuda a recoger aquello que quedó oculto detrás.

Se podrá argumentar que esta revelación habla sobre todo a los sentimientos y a las emociones, pero insisto en hacer notar que dichas emociones, tomadas en el marco de una poética, nos hablan verdaderamente del *modo* como nos vinculamos con el mundo. Ellas también tienen mucho que enseñarnos. Las emociones básicas como pueden ser, por ejemplo, el miedo, la ira, la alegría o la tristeza, expresan tanto maneras de aparecernos las cosas a nosotros, como de comportarnos nosotros con relación a ellas.

Necesitamos *perforar* la experiencia ordinaria para abrir una vía que manifieste de manera más plena *toda* la verdad, en el sentido de *dejar ser* aquello que se muestra, sin pretender imponernos de antemano.

Este movimiento es muy cercano a la actitud de la *escucha*; la escucha atenta de lo que *viene* a nosotros y *se nos* revela. Escuchar antes que hablar ya significa un despojo interior, una postergación de nuestra pretensión de suficiencia, incluso de autonomía, para dar lugar a que *advenga* lo que se anuncia. Escuchar y obedecer tienen la misma raíz.

Entiendo con Ricoeur que lo que se muestra a través de la verdad entendida en dimensión poética es, cada vez, “la *propuesta* de un mundo”². El discurso poético nos propone otro modo de habitar el

² “Nommer Dieu”, in *Études Théologiques et Religieuses, Le temps du texte*, Recueil des contributions de P. Ri cœur à la revue *ETR*, n° hors série, septembre 2005/4, p. 43.

“*Venga a nosotros tu Reino*”

mundo; de habitarlo y de transformarlo, pero sin perder el arraigo en el aquí y el ahora que nos pertenece. Él puede *remover* nuestra carga existencial y ayudarnos a cambiar nuestra perspectiva. Las “variaciones imaginativas” que nos sugiere este trabajo interior nos llevan a percibir lo real en diferentes capas de profundidad, cada una con su particular manera de vivir el tiempo acorde con la dimensión de nuestras ansias.

Por todo esto, considero que la poética nos prepara para la revelación religiosa y para resonar con ella, a medida que entramos en la profundidad de sus aguas. Tanto Ricoeur como Héctor Mandrioni³ nos han enseñado que ella nos permite vincular a la imaginación con la vida espiritual y con la vida concreta.

Tal vez sea tiempo para la espiritualidad de no seguir desconfiando de la imaginación, como si ella sólo fuese la fuente de representaciones oscuras, y entender que su primera función es colaborar con nuestro profundo “deseo de ser” y organizar la afectividad que lo acompaña. La imaginación es el lugar donde se forjan nuestras representaciones más hondas acerca del sentido de la vida y de nuestra propia libertad, *antes* de que éstas se vuelvan concepto, razón, argumento.

Por otra parte, el símbolo también tiene una *fuerza organizadora* que se vincula directamente con el modo de obrar de cada persona, o mejor, con el deseo de *afirmarse* que tiene cada uno y de *transformar* la realidad. Esta fuerza organizadora está en la base de toda acción concreta y es la que permite que se tejan verdaderas redes de interacción, donde cada uno comprende más o menos la intención de la acción del otro y responde en consecuencia. Todos les damos a nuestros gestos y a nuestras acciones diferentes niveles de comunicabilidad y trascendencia que piden ser interpretados. La acción como tal se parece a un gran discurso que despliega sus propios códigos y es a través de ellos que nos sentimos partícipes de una misma cultura.

³ H. D. Mandrioni, *Hombre y poesía*, ed. Guadalupe, Buenos Aires, 1971.

Esta fuerza es la fuente de lo que -en filosofía social y en ética- se suele llamar el “orden simbólico práctico”, para englobar, así, las múltiples representaciones a las que recurrimos, cada vez que expresamos un llamado, una conminación, una exigencia, un ruego, etc. Estas figuras en su conjunto componen como los patrones de excelencia y de exigencia que orientan a los miembros de una misma comunidad, reunidos en torno a una creencia o una fe.⁴

Todos los que nos reconocemos pertenecientes a una comunidad religiosa -en este caso el cristianismo- participamos, en algún modo, de esta fuerza de los símbolos fundadores que alimenta nuestra imaginación y nuestro corazón. Existe una enorme cantidad de “proposiciones de acción” que están representadas, en el orden imaginario, por figuras que justifican nuestras motivaciones.

El valor de ciertas imágenes emblemáticas como es la del Reino, está en alimentar nuestra vida interior directamente orientada hacia nuestro modo de obrar y de sufrir. La imagen del Reino no es la única, pero pienso que es una de las principales; primero, por haber sido elegida por el mismo Jesús como tercera invocación del “Padre Nuestro”; y luego, porque es una de las que mejor configura la variedad de “formas” de ser deseadas y pensadas la fe, la esperanza y el amor a lo largo de los Evangelios.

Actitud meditante

Soñar con el Reino es ya comenzar a buscarlo, a poner las bases para su llegada, a crear espacios de posibilidad en nuestros horizontes de espera.

Meditar aquí es abrirnos a una imaginación investida por lo sagrado, ese reconocimiento de que otra Palabra nos precede y de que ella misma está, allí, hablando. Esta actitud acompaña la expe-

⁴ “Le destinataire de la religion” p. 21.

“*Venga a nosotros tu Reino*”

riencia fundamental de que nosotros no somos los que articulamos la palabra sino que la Palabra es la que articula nuestra existencia. Se trata de una Palabra siempre virgen, capaz de rescatar, en cada uno, su inocencia originaria y de liberar la imaginación que la acompaña.

Entiendo que una verdadera “poética religiosa”, tiene la capacidad de ayudar a dejarnos re-crear a partir de esta “imaginación de la inocencia”. Ella es capaz de *promover* su vivencia, olvidada o perdida por el desgaste del tiempo, pero que siempre está y que puede ser *restaurada*; como si fuera una *resurrección* de cierta muerte a cierta vida.

Este tipo de poética produce una real novedad, pero que ya no depende solo de nuestros lenguajes humanos sino ante todo de nuestra pertenencia a Dios. Es la fuerza de la gracia que actúa; pero, sin embargo, esta fuerza, al comienzo, se presenta como *difusa* y es difícil de reconocer. Ella se irá configurando a medida que la persona de Jesús se cristalice en nosotros, al mismo tiempo que seguimos su ejemplo y nos acompasamos con él.

Al dirigirnos al Padre, que “está en los cielos”, nos dejamos orientar como por un gran *index* que nos señala nuestra verdadera patria. En el Reino del Padre, el propio Hijo, al encarnarse, rompió con el orden de nuestra razón; el propio Hijo instauró la *excepción* a toda regla que nos permitiera comprender la situación.

La familia trinitaria, que en Cristo expresa su amor sacrificial “más fuerte que la muerte”, supera toda posibilidad de comparación con el “ser” de nuestras filosofías, por más infinito, por más “otro” que éste sea. El ser puede señalarnos una patria metafísica, pero en la Patria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hay una densidad y una espesura completamente originales, que abren en nosotros sentimientos también originales de “dependencia absoluta” y de “confianza incondicionada”.

Luego de mirar al cielo y de alabar el “Nombre”, descendemos a nuestra tierra, a nuestra humanidad vieja, y, desde nuestra carencia, clamamos por la venida del Reino.

El Reino es una metáfora del habitar. Los textos evangélicos nos invitan siempre a un mundo nuevo, a un ser nuevo... “he aquí que hago *nuevas* todas las cosas”.⁵ Nuestro ser interior transformado en una nueva patria. Un mundo prometido y propuesto como proyecto para cada uno de nosotros y para todos a la vez. Se instauro un “nuevo orden”, un nuevo estado y un nuevo gobierno. El estado de la no-dominación, la felicidad de habitar el servicio; donde la pobreza es riqueza y el despojo fecundidad. Todos pueden convivir, porque en esta sutil organización se revierten las jerarquías.

Ya Pascal nos enseñó que la suma de todas las acciones éticas o racionales no alcanzan para pegar el salto a la magnitud existencial del amor. En tanto que instalado en el nuevo orden y habitado por su proyecto, ese “nuevo ser” se abre paso a través de la experiencia cotidiana, ahora, transfigurada por él.

La realidad abierta por el Evangelio, en el corazón mismo de lo cotidiano, es *posible* porque ella actualiza nuestra capacidad de Dios, nuestro “*capax dei*” del que ya hablaban los antiguos. Por eso es “a nosotros”...a todos los hombres de la historia de la humanidad, a todos nosotros los semejantes, los humanos, los que nos precedieron y que ya están disfrutando y los que nos seguirán.

Cuando el Evangelio anuncia “el Reino de Dios está cerca”, nos anuncia que “*nuestras posibles más propios*” se pueden realizar, pero se trata “de posibles cuya significación no está, en un comienzo, a nuestra disposición”.⁶ Es el proyecto de ese *ser nuevo* que abre nuevas posibilidades a nuestra existencia, “las posibilidades más extremas de mi libertad”.⁷ En la medida en que “viene”, él habita entre nosotros... si lo dejamos estar. Entonces, nuestra vida comienza a recorrer un destino completamente original, insospechado.

⁵ Apocalipsis de S. Juan 21, 1-5.

⁶ “La philosophie et la spécificité du langage religieux”, *Revue d'histoire et de Philosophie religieuse*, 1975, n° 4, p. 23.

⁷ *idem*, p. 26.

“Venga a nosotros tu Reino”

Pero es “tu Reino”... Es el Reino del Padre y del Hijo Resucitado que se derrama en nosotros por el Espíritu Santo. No es el nuestro, no disponemos de él como algo que nos pertenece por derecho y que podríamos reclamar. Porque la gracia no se almacena.

La venida del Reino no se deja observar como la llegada a un país en algún medio de transporte. No tiene fronteras fuera de su cualidad. Su advenimiento es siempre un *don*, una gracia, y la apropiación por parte nuestra, una culminación. Pero nos ha sido “prometido” y una vez escuchado esto, ya nada es lo mismo; quisiéramos ser *de otra manera*, más plena. De ahí el ruego casi imperativo que suena como un gemido: “venga”, “venga a nosotros”.

La espera es grande a partir de la promesa. Esa es nuestra resurrección. Está *entre* nosotros, entramos y salimos de ella cada vez que habitamos o perdemos ese “ser-en-el-amor” que la caracteriza. Ella tiene su propia gramática; como la frase que transforma las palabras en metáforas, como una vida dentro de esta vida, como un gran aire que se respira en el día a día.

Porque en el Reino de Padre cada hijo es único, no hay posibilidad de repetición, ni de comparación. Dios opera, cada vez, desde la *nada*; desde nuestra nada humana incapaz de producir un solo gesto de amor si antes no lo ha recibido.

En este Reino, solo gobierna la regla “de un amor cada vez más intenso y desbordante”⁸, de un amor sobreabundante, siempre en tensión con la justicia.

Este amor nos obliga a reorientar nuestra imaginación para pensar, ya no en términos de generalidad, como lo hace naturalmente nuestra razón, sino de *excepción*. Nos obliga a tomar una actitud que nos haga descubrir otro modo de acceder a las cosas y de inventar como proceder con ellas. Allí, cada uno se vuelve para el otro, *presencia*; pero una presencia donde el tiempo cumple su función, don-

⁸ Pablo 1 Ts. 3,12.

de cada uno va *siendo* aquello a lo que fue destinado en la medida de su encarnación.

Tal vez ya no se trate de una regla sino más bien de un “*estilo de vida*” que rinda homenaje “al *exceso de respuesta* respecto del pedido”. Es el “siempre más” del Evangelio; la “lógica de la generosidad” que viene a romper nuestras búsquedas de equilibrio, que viene a chocar con la equivalencia de nuestros intercambios, de nuestro comercio y de nuestro derecho penal.⁹

Propuesta

¿Cómo colaborar para que este ruego se haga cada vez más realidad?

La parábola de “La perla”¹⁰, entre otras, es toda una propuesta. Allí aparecen tres verbos: *encuentra* la perla, *vende* lo que tiene y la *compra*.

“*Encuentra* la perla”. Encontrar la perla es experimentar el instante como un don imprevisto, como la emergencia de algo que no estaba a nuestra disposición y que por eso nos sorprende. En cierta manera, todo se detiene a partir de la sorpresa, todo parece tener otro color, otro “oriente” que reclama una nueva configuración.

“*Vende* lo que tiene”. Es el momento en que todo se da vuelta, la experiencia pasada ya no sirve, nuestra sabiduría humana se vuelve muda, lo que tenía sentido hasta ahora parece relativo o al menos cuestionable. Se produce un verdadero des-concierto. Hay como un momento de recapitulación de lo vivido hasta aquí, de volver sobre nosotros mismos, semejante al que dramatiza la parábola del “Hijo pródigo” cuando dice: “...y entrando en sí mismo...”¹¹.

⁹ “La logique de Jésus. Romains 5” en *Études Théologiques et Religieuses*, n° hors série, Les temps du texte. Recueil des contributions de P. Ricœur à la revue *ETR*, 2005/4, p. 82.

¹⁰ Mt. 13/45-46.

¹¹ Mt.15/17.

“*Venga a nosotros tu Reino*”

“*Compra la perla*”. Ahora se trata de pasar a la acción, al compromiso, a la adhesión y a la reorganización de la propia vida para llegar a *poseer* la perla y poder *gozarla*. Este paso significa la nueva manera de mirar, de reorientar nuestro obrar y sufrir para alcanzar con eficacia aquello en lo que quedó prendido nuestro deseo. Experimentamos en nuestro ser profundo la capacidad de cambiar ciertas cosas para lograr el cometido. Pienso que es el momento del contacto con los demás, empezando por aquel que es el dueño de la perla. Un contacto ya no vago sino ordenado a un fin preciso y muy deseado; un fin que se acerca o se aleja, pero que en el juego de la “transacción”, adquiere siempre más valor. Es el momento de la invitación a un nuevo tipo de acción, un nuevo modo de ver la historia.

Todo esto significa *dar signos* modestos pero concretos de esta *excedencia* que instauro la nueva economía. Punto a punto se teje la malla, aquí, en cada uno, entre los hilos de nuestra convivencia. Porque el Reino escondido, una vez revelado, es completamente real. Como la levadura fermenta nuestro hacer compartido. Como la luz del día impregna la noche al amanecer.